

El absurdo

HUGO ENRIQUE SÁEZ

Hace algunos días fui invitado a un programa de radio para participar de una mesa redonda sobre el tema del absurdo. En principio, fui víctima de una confusión porque la persona encargada de llamarme por teléfono para acordar la cita no supo indicarme con precisión el tema, ya que no mencionó la palabra absurdo. Quizá no la había memorizado. “Es sobre cosas que suceden en la Ciudad de México, por ejemplo, que al agredido en un accidente de tránsito lo lleven preso...” Yo interpreté que sería sobre la violencia en la megalópolis y me preparé hasta con estadísticas. Al llegar a la emisora me di cuenta de que sus empleados no se distinguen precisamente por una amplia formación cultural y eso me advirtió de que las instrucciones recibidas eran erróneas. Uno de los directivos, con traje de gerente, a los gritos se ufanaba de haber estado en un hotel de Dubai, “el único de siete estrellas en el mundo”, al tiempo que advertía sobre el miedo que lo sobrecogía por las expropiaciones de Ebrard en Tepito. “Ahora tendremos que tener cuidado porque cualquier día llegan y te quitan tu casa...” ¿Dónde habré escuchado algo similar? Pensar que yo me he hospedado hasta en hoteles de una sola estrella... fugaz.

Por fin, el conocido animador del programa, en un tono lacónico, me informó que hablaríamos sobre el absurdo. Quise entender que el tono displicente obedecía a que fui presentado como simple profesor universitario, ajeno al mundo de la farándula. Los dioses del Olimpo siempre miran desde arriba a los mortales. A la que sí le dedicó flo-

res, piropos, alfombra roja, fue a una actrícula de telenovelas, que por suerte yo nunca había visto antes. Era otra invitada. También se nos unió un popular mago, que resultó segundo en el grado de las preferencias del conductor. Otro profesor, éste de la UNAM, me reconfortó porque ocupamos el mismo nivel de desinterés de la familia de los medios y nos echábamos miradas de complicidad frente a los denuestos que el ya mencionado gerente en estupidez sistemática lanzaba en contra del PRD, aunque en realidad iban dirigidos a cualquiera que no confesara que éste es el mejor de los mundos posibles y nuestro gobierno se ubica en el non plus ultra de la democracia. Aire fresco llegó con dos muchachas irreverentes del teatro El vicio, acompañadas de un joven recién emergido de la adolescencia. Creo haber compartido con este nuevo grupo el sentimiento de que nos hallábamos allí por un error del equipo de producción.

Tuve la impresión de que nuestros contrincantes jamás habían oído hablar del teatro del absurdo, por ejemplo. Eugène Ionesco o Samuel Beckett en sus mentes sonaban a jugadores de la champions league con los que se debe de haber enfrentado Rafa Márquez. La actriz (¿?) ensayó con timidez que absurdo era el abrumador tránsito de la ciudad. Que si por ella fuera viviría en su natal Sinaloa, pero “para mi desgracia Televisa se encuentra en el Distrito Federal” (sic). El mago confesó sin rubor que había leído el diccionario para informarse sobre el significado de la palabra, y lo repitió como niño que asiste al programa de Chabelo. Mis cómplices circunstanciales mencionaron casos de auténtico absurdo nativo. El letrero en un lugar de Chiapas donde se ofrecía pintar casas a domicilio, la advertencia en La Piedad para que “quienes tengan puercos que los amarren, y los que no, que no”. Recordé el caso del entierro de la pierna de Santa Anna, con todos los honores militares, después de que la perdió en la guerra de los pasteles contra Francia, allá por 1838. Evoqué el humor mexicano de decir que si Kafka hubiera sido mexicano sería un autor costumbrista. No faltó la referencia a la declaración de André Breton calificando a México como país surrealista después de que un carpintero le fabricara una

mesa en perspectiva, siguiendo el dibujo sencillo dejado por el poeta. Además de que el apoyo de la mesa era un trapecio, las patas delanteras resultaban más altas que las traseras.

El público comenzó a llamar por teléfono con insistencia. Leer sus mensajes inundó de absurdo la cabina de transmisión. De forma contundente y unánime, la gente reclamaba que era absurdo tener que pagar tarifas de electricidad antes de quejarse por la exorbitante cantidad facturada (otro sic). Me sentí anonadado. ¡Cuán lejos estamos los intelectuales de las preocupaciones cotidianas del pueblo! Comencé a reflexionar. Para muchos, absurdo es sinónimo de irracional sin darse cuenta de que la vida cotidiana está comandada por el absurdo, el cual no se manifiesta gracias a la paciente labor de domesticación a que están sometidos. ¿No es escandaloso que alguien permanezca horas sentado frente a una pantalla y sus emociones se estructuran en torno a argumentos cuya incógnita es con qué galán se quedará la fea más bella? En un antiguo cartón de Fontanarrosa se retrataba a una pareja de la época de las cavernas sentada frente al fuego lamentándose porque “los programas se repiten mucho”. ¿No sería más sano y excitante quedar hipnotizados por los fulgores de una fogata en lugar de digerir dramones indigeribles?

Yo pienso que la vida cotidiana estructurada por voluntades ajenas es en sí misma absurda. No se trata de que un rinoceronte parlante sea absurdo, o que sea absurda la espera de alguien que nunca llega. En esas situaciones teatrales se recorta un escenario que impacta al espectador, pero el objetivo final es que éste descubra frente a sí cuántas situaciones banales se viven a diario sin cuestionarlas.

Como se supone que la vida debe de tener un sentido que desconocemos, entonces hay que inventarlo. Una vez que se tiene el guión de la propia existencia se cometen los desatinos más patéticos para cumplir esas predicciones anticipatorias, como organizar una boda con mil invitados. Mientras no se rompa el encanto y sus efectos lleguen a estremecer la conciencia, el individuo permanece “encantado” en su situación (encantado por efecto de un encanto y encantado como sinónimo de estar muy a gusto). ¿Cómo se

rompe ese encanto? El discreto encanto de la burguesía se desvanece ante lo inesperado o lo inexplicable. La interrupción de una cena por la muerte del dueño del restaurante, en el caso de Buñuel, o la misteriosa imposibilidad de salir de una casa cuando no existe obstáculo físico alguno, tal como ocurre en *El ángel exterminador*, de nuevo Buñuel.

En realidad, el que cuida la conciencia para que no perciba el absurdo siempre es el que ejerce el poder. Llámese el padre de familia que exige obediencia ciega, o bien el neurótico jefe de la oficina que persigue a la secretaria voluptuosa, ya sea el presidente en turno que lanza bombas de optimismo sobre los oyentes del noticiero nocturno. Entonces, ¿qué es el absurdo? La normalidad considerada como “normal” es absurda. El absurdo emerge para interrumpir el curso rutinario de la conciencia. Don Quijote vivía en medio de un encanto donde tenía sentido luchar contra los molinos de viento. Quienes comprenden el drama cervantino no se ríen de esas situaciones, sino que derraman lágrimas de decepción por la crudeza que se revela a Alonso Quijano cuando recobra la “cordura”. Era mucho más bello andar cabalgando en Rocinante junto a Sancho Panza. ■



Iris Aldegani